

INFLUJO EN EL HOMBRE DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACION SOCIAL

POR

HUGUES KÉRALY.

No sé quien ha dicho que cada hombre tenía dos patrias: Francia, y la suya, "Tuout homme a deux patries: la France, et pues la sienne". No sé quién lo ha dicho, seguramente (ha de ser un francés), pero el refrán me deja en libertad de decirles que para un católico, la cosa no es tan segura. Porque más bien cada católico se siente hoy hijo de dos patrias: la suya y España. España de ayer y España de hoy. La de la Reconquista y la de la Cruzada, la de los santos, la de los mártires, la del Cid y la de José Antonio. España, nación pacífica, que supo defender el suelo, al sol de la Cristiandad; nación civilizada que considera como timbre de honor su acatamiento de la ley de Dios; nación cristiana, que logró quedar frente al mundo entero levantado para gritar su muerte. España, por fin, madre de la Cristiandad.

* * *

Cuando Juan Vallet de Goytisolo me hizo el honor de invitarme a vuestra reunión, acepté con alegría porque España, cualquiera que sea el futuro, es heredera de una situación privilegiada en el combate contrarrevolucionario: continúa siendo la única nación de Europa que salió un día victoriosa de un enfrentamiento directo, armado, con el comunismo; el accidente providencial que nos consuela, en el funesto "curso" de la historia contemporánea; la valiente nota discordante que nos reconforta, en el sórdido "concierto" de las naciones ... Lo que yo ignoraba, al regocijarme anticipadamente por participar en vuestros trabajos, es que el tema que me había sido fijado para esta conferencia —*Del racionalismo a la articulación me-*

canicista de la sociedad— iba a resultar imposible tratarlo ante vosotros sin hacer el ridículo. La responsabilidad incumbe por entero al mismo Juan Vallet de Goytisolo, que ha dado a este tema las directrices más precisas y más completas que existen, en las perspectivas del derecho natural y de la doctrina cristiana. Leed o releed, como acabo de hacerlo, la edición revisada y aumentada de su libro *Ideología, praxis y mito de la tecnocracia*. Veréis que recorriendo este vasto tema, Vallet de Goytisolo agota casi completamente el mío. Y deberéis admitir que yo no podía sencillamente venir de París ¡para enseñarnos lo que ya sabéis!

* * *

En consecuencia, pido permiso para cambiar mi tema y deciros algunas palabras acerca de uno de los más poderosos factores de desintegración social en todos los países “desarrollados”. No de esta desintegración organizada desde arriba, como la provoca la tecnocracia totalitaria, sino de aquella otra que se produce por sí misma desde abajo, en las inteligencias, las mentalidades y los hábitos, por la fricción que el hombre moderno soporta cada día con el frote de la “información”. El fenómeno mundial de la *sobreinformación*, a causa del cual la inteligencia de la mayoría está en trance de perder incluso hasta el sentido de su razón de ser, ya que no es solamente un factor de embrutecimiento intelectual, sino también un generador de “aislamiento” social, psicológico, familiar y de egoísmo institucionalizado.

Mirad, simplemente, en torno de vosotros, el comportamiento del “homo televisionus”, este ser polarizado, absorbido y algo así como físicamente hipnotizado en un mundo de ficción y de artificio, que llena hoy todo el tiempo que le dejan libre su trabajo y su sueño. En Francia el 90 % de los ciudadanos son ya telespectadores, con una asiduidad masiva y cotidiana. En el propio centro de sus pequeñas viviendas, la caja de las imágenes ha tomado el lugar que otrora ocupara el altar de los antepasados en las familias de la Antigüedad, y cada una de las actividades de la vida doméstica se le subordina. Por este hecho, según los sondeos de opinión, resulta que los miembros

de la familia conversan cada vez menos entre ellos, no reciben apenas visitas y no leen —lo que se llama leer— casi nunca (1). Las consecuencias de esta impresionante reducción de los intercambios directos, como actuación entre las iniciativas personales, son incalculables. Sobre todo entre los escolares de hoy, nacidos después de 1958, en esta sociedad de sobreinformación sensorial, es donde mejor se da uno cuenta de toda su gravedad: “al corriente” de casi todo, no tienen una verdadera opinión que emitir de casi nada. Llegan a clase con el cerebro ya lleno hasta estallar de ideas prefabricadas, hasta el punto de que es inútil tratar de introducir cualquier cosa antes de haberles desescombrado, una después de otra, esas montañas de certidumbres prefabricadas. Ya que casi siempre han perdido los deseos y los medios de aprender por ellos mismos: lo que los pedagogos de salón denominan el despertar de su “curiosidad”, lo traducimos nosotros, los maestros, por un retroceso muy notable de las capacidades de atención voluntaria, de memoria, de intuición, de juicio; en resumen, por una baja casi general de la madurez intelectual de los alumnos. Y se pretende “prepararles” contra los peligros del universo contemporáneo, armarlos, formar sus inteligencias para la información, ¡hundiéndoles más en ellos! Pero lo urgente, por el contrario, es sacarles de ahí.

La dificultad casi insuperable está en eso, en que siempre ha parecido natural al sentido común la disociación de la función humana de *percepción* de los mensajes respecto de la función de *asimilación* crítica. Se piensa que el consumo sensorial, periférico solamente en apariencia, deja a la inteligencia de cada uno libre de todos sus otros movimientos; que la información es un fenómeno de superficie para la inteligencia, un fenómeno que no inmoviliza sino una pequeñísima parte de nuestras facultades conceptuales. Pero aquí el sentido común se engaña doblemente. En efecto, los dos sistemas de nuestra inteligencia, perceptivo y crítico, actúan con múltiples interacciones. Los dos pertenecen a la misma inteligencia humana, que es limitada por definición. De esta forma toda la energía psíquica gas-

(1) «Qui lit aujourd'hui?, qui comprend ce qu'il a lu?, qui relit ce qu'il a compris?».

tada por el uno, es momentáneamente negada al otro, en un movimiento alternativo cuya agilidad varía según las reservas de cada uno. El sistema perceptivo pone en juego el conjunto de nuestras facultades intelectuales: atención, memoria, juicio ..., ciertamente sin la misma intensidad, pero por el *mismo fundamento* exactamente que el sistema crítico. No es posible, pues, percibirlo todo y entenderlo todo al mismo tiempo; absorber todo, y asimilar todo en función de lo que se sabe, de lo que ya se *es*; sobre todo cuando el ritmo impuesto a la sucesión de imágenes, como ocurre en la radio y en la televisión, se reducen con particular aceleración. A lo cual se añade la inconsistencia propia de los recuerdos audiovisuales: una imagen expulsa la precedente, la emisión de la tarde cubre la de la víspera y, en el resultado final, sólo las ideas no se atropellan.

Resumamos este primer punto. La percepción exige una movilización mental; la crítica, una movilidad sensorial; la percepción implica una atención inmediata, directa, dispersa; la crítica, una atención voluntaria, reflexiva y concentrada. Para dar una imagen, diremos que la primera viene a significar algo así como una apertura más o menos amplia de la inteligencia (la "apertura" al mundo); la segunda un cierre relativo. Y la vida psíquica en su conjunto reclama una continua sucesión en el tiempo de esos dos movimientos, de esas dos direcciones de la mente. Por consiguiente, el exceso *cuantitativo* en el consumo cotidiano de mensajes de la información conduce casi mecánicamente a una especie de indigestión mental, de desarreglo circulatorio de la inteligencia. Y esta indigestión hace al hombre incapaz de pronunciarse acerca de la *calidad*. Es difícil, efectivamente, que la hipertrofia del sistema perceptivo de nuestra inteligencia no vaya acompañado de una forma de bloqueo, de atrofia total o parcial del sistema crítico.

Todo iría bien, naturalmente, si no hubiésemos sufrido nunca los abusos de la información: estaríamos así incesantemente en lo verdadero, a la vez que realizaríamos una gran economía de materia gris. Pero, a veces, somos engañados en cuanto a la misma materia del acontecimiento traído por la información y, casi siempre, en cuanto a su presentación. Ya que, generalmente, la mentira periodística no consiste en fabricar puras y simples contraverdades. Consiste

en crear, con ocasión de un acontecimiento determinado e indiscutible, una información que sobrepasa, o, por el contrario, que no expresa el alcance real de este acontecimiento. Es una mentira de segundo grado, una mentira por omisión o una mentira por exageración sistemática, por acumulación de opciones sucesivas y parciales.

El fenómeno no tiene solamente consecuencias intelectuales, tiene también consecuencias morales, sociales, políticas. Ya que, en fin, si vivimos en la civilización de los "media", estamos también en una civilización que apenas sabe para qué está hecha y una civilización en la que todo aparentemente sucede como si Dios, la moral e incluso la ley natural no existieran: ¡desde luego, debe haber alguna relación entre los dos fenómenos!

Dejemos de lado el problema de la indigestión mental, y supongamos por un momento que el consumo masivo de los diarios, de la radio, de la televisión, del cine, no constituyen un efecto de artificio, de mentira, de embrutecimiento y de amontonamiento intelectual ... Es un hecho que, gracias a los "media" el hombre del siglo XX está cuantitativamente bien informado. Lo está de tal modo que no se discierne ya en qué grado esta simple información *conforma*, da forma al hombre moderno: para qué le sirve, de qué utilidad le es, qué es lo que exactamente viene a mejorar en él. Así, por ejemplo, ¿para qué sirve al médico, al ingeniero, al obrero agrícola, ser tenido día por día, y a veces hora tras hora, al corriente de las negociaciones diplomáticas del señor X, de las desavenencias conyugales de la señora Y y de las desventuras policíacas del padre Z, todo a la vez? ... Para nada, naturalmente, sino para hallar en ello la garantía o la ilusión permanente de su *modernidad*, impresión cuidadosamente mantenida en la presentación de los mensajes; por esa garantía reconfortante, el hombre de hoy está dispuesto a sacrificarlo todo. ¡Desgraciado de aquel que no estuviera "informado", como todo el mundo, de lo que todo el mundo habla hoy! Esto bastaría para señalarle como un reaccionario. Si la información, en el 90 % de los casos, no desemboca nada más que en ella misma, es porque demasiado frecuentemente se ha convertido en un *fin en sí misma* para nuestros contemporáneos, que tienden sin darse cuenta

a convertirse en puros productos de su información. Charles Péguy había escrito acerca de esto una frase terrible:

"Tout homme moderne est un misérable journal. Et non pas même un misérable journal d'un jour. D'un seul jour. Mais il est comme un misérable vieux journal d'un jour sur lequel, sur le même papier duquel on aurait tous les matins imprimé le journal de ce jour-là".

("Todo hombre moderno es un miserable periódico. Y no sólo eso, un miserable periódico de un día. De un solo día. Pero es como un miserable periódico viejo de un día en el cual, sobre el mismo papel del cual, todas las mañanas se hubiera impreso el periódico de cada día").

Y un poco más adelante:

"Le journal, la plus grande invention depuis la création du monde et certainement depuis la création de l'âme, car il touche, il atteint à la constitution même de l'âme. Le journal, seconde création. Spirituelle. Ou plutôt commencement, point d'origine de la décréation. Spirituelle". (Note conjointe sur M. Descartes et la philosophie cartésienne, Gallimard 1935).

("El periódico, el mayor invento desde la creación del mundo y con toda certeza desde la creación del alma, pues alcanza a la constitución misma del alma. El periódico, segunda creación. Espiritual. O, más bien, principio, punto de origen de la descreación. Espiritual").

¡Qué habría escrito Péguy si hubiera conocido la televisión!

Es cierto que la gente no puede ignorar totalmente las desgracias que suceden regularmente en el planeta. Pero, es de temer que al hombre que haya adquirido el hábito excesivo de dejarse impresionar y conmover a la orden, ya no le queda lugar para una sola reacción auténtica y caritativa del corazón. La caridad, como sabemos, no es verdaderamente caritativa sino cuando se inspira en un orden, y lo sigue. En este orden que no comienza en el otro extremo del mundo;

en un orden que no consiste en alarmarse, en primer lugar y sobre todo, por lo que pasa en los lugares extremos del globo, sino en nuestra casa y a nuestro alrededor. La principal consecuencia del abuso cuantitativo de información consiste precisamente en que nos llena la mente y el corazón de una masa de preocupaciones abstractas y generales, respecto de las cuales prácticamente no tenemos afecciones ni poder, y que nos hace, de esta forma, cada día más ineptos para captar lo que pasa alrededor nuestro, a nuestra puerta, en nuestra propia familia. Por una especie de escepticismo al revés, lo que pasa en nuestro propio alrededor resulta para el hombre moderno menos importante, menos "real", que aquello de lo que se ocupa a diario el periódico, escrito o hablado. Marcel de Corte ha explicado cómo y porqué: "El hombre de la calle tiene tendencia a preferir el pseudo acontecimiento al acontecimiento auténtico, puesto que el primero responde mejor a la subjetividad de sus deseos o a sus repulsiones... Así se fabrican hoy, con una facilidad desconcertante, falsos acontecimientos, reputaciones, celebridades, todo un universo político y social de *apariencias* ... El amor al prójimo concreto se devalúa así bajo el amor al lejano abstracto, lo que es la forma más hipócrita y más odiosa de amarse a sí mismo".

Termino con este juico del filósofo belga, que lo resume todo. La raíz más profunda de la desintegración del tejido social ya no está en la política, sino que se ha instalado como una segunda naturaleza en los corazones y en las mentes. Y quizás hoy, en el orden de las urgencias sociales, al famoso lema de Charles Maurras "*politique d'abord*", hay que preferir aquél otro: "*le mental d'abord*" —lo mental primero—.

Una última precisión. No afirmo aquí que los periódicos, la radio, el cine, la televisión produzcan revolucionarios. Aunque, como vimos ayer, la revolución se hace también con palabras o, al menos, empieza con palabras. Pero digo que los periódicos, la radio, el cine y la televisión están produciéndonos una generación de borricos. De borricos amargos, tristes, irresponsables y egoístas. Y que si quedaran frente a la revolución más que borricos amargos, tristes, irresponsables y egoístas, entonces ya no quedaría ni la menor duda acerca de quién se llevaría la victoria.